

DOS CARTAS INÉDITAS DE MARAGALL AL ESCRITOR ARGENTINO MANUEL GÁLVEZ

por MANUEL GARCÍA BLANCO

Hace unos años, en los *Cuadernos de la cátedra Miguel de Unamuno*, que edita la Universidad de Salamanca, di a conocer tres cartas del poeta Juan Maragall dirigidas a aquél, que completaban, felizmente, el gran epistolario de ambos escritores poco antes publicado por los hijos del poeta catalán. Otra afortunada coyuntura trae a mis manos dos cartas tuyas que ahora me dispongo a publicar.

Debo su copia al destinatario de ellas, el poeta y novelista argentino Manuel Gálvez, y son, por sus fechas, de los últimos meses de la vida del gran escritor catalán. Las enlaza, también, una circunstancia común: la de acusar recibo de dos libros de versos. El primero titulado *Simplement...*, versos en francés de los que es autora Delfina Bunge, la esposa de Gálvez, fallecida el 30 de marzo de 1952; el segundo, *Sendero de humildad*, poemas debidos a la pluma de éste.

Simplement... se publicó en París en 1911, meses antes de la carta de Maragall que es su motivo, y consta de varias partes. Los primeros dieciséis poemas se agrupan bajo el lema completo de que el título del libro es una abreviación: «Simplement, comme l'oiseau chante...» Bajo el epígrafe común «Sous son regard», se ordenan otros veinticinco. Y los restantes treinta y nueve llevan estos cuatro lemas, que son otros tantos apartados del libro: «Paysages», «Amitiés», «De la Musique avant toute chose...» y «Derniers poèmes». Libro denso, que Maragall, según su carta nos descubre, leyó atentamente, sintiéndose ganado por la ternura y la elegancia de su contenido.

Como nota predominante descubre en este haz poético la de la ausencia, íntimo motivo de la mayor parte de las composiciones que lo integran. Y reproduciendo pasajes de algunas de ellas o refiriéndose a otras por sus títulos acredita no sólo su sensibilidad, sino sus dotes de lector, de gustador más bien, de la buena poesía.

Su autora, casada con un escritor tan fino y variado como Manuel Gálvez, poeta también, y novelista de fibra, alguna de cuyas produc-

ciones celebró don Miguel de Unamuno en su tiempo, fué hermana de Carlos Octavio Bunge, cuyo libro, *La Educación*, le prologó aquél en 1902.

He aquí la primera carta :

Barcelona, 4 junio 1911

Muy estimado señor Gálvez :

Con su amable postal recibí el ejemplar que su señora me hizo el honor de dedicarme de su *Simplement...* Como me gusta hacer con todo libro de poesía, lo he ido hojeando y leyendo al azar de la atracción de un título, de un verso, y releendo mucho, y ahora creo tener ya toda su dulzura en mi alma... no sé si toda aún, porque el libro quedará mucho en mis manos, pero tanta ya que no puedo pasar sin darle unas gracias muy grandes

Avec un mot donner son cœur,
 Avec une sourire son âme,

 Avoir dans l'âme une douceur
 Et ses yeux prêts à répandre

 se consumant, pour éclairer.

Yo no sabría decirle el íntimo deleite con que copio estos versos, como si los creara yo mismo, es decir, como si se estuvieran creando en mí. Y copiaría tantos que, como éstos, al leerlos, he quedado gran rato mirando vagamente delante de mí. Esto es la poesía, *simplement...*; pero casi nadie sabe hacerla *simplement*; y sin embargo, es la única. Yo no sé, no sé, cómo son tan pocos los que pueden comprender esto; o no lo quieren comprender, por una estúpida vanidad que lo hunde todo en las tinieblas.

Les rêves qui d'un cœur s'envolent
 cherchent un cœur pour s'y poser.

Yo no sé cómo no estalla en luz a los ojos de todo el mundo que en esto hay más poesía que en muchas odas de Víctor Hugo.

Les roses n'ont jamais pleuré..
 Mais ma tristesse est sans épines
 Et plus douce que leur beauté!

Donne toujours : sur d'autres rives,
Triste, peut-être, un cœur attend...

... ..
Les champs sont pleins de quiétude
Et je me souviens de tes yeux.

Domina en este libro una poesía de la ausencia tan fuerte como yo no recuerdo de otra alguna. Y aquella *Sincerité* ¡qué momento poético!

Ahora querría hablar de la interpretación poética de los grandes músicos, que me ha afectado singularmente, y de los *Dernières Poèmes* (aquel «S'il savait!...», aquellas *Roses*, que uno lloraría) donde se siente el vuelo más alto y grande arrancar... Pero no es posible: yo sólo querría decir: gracias, haciendo sentir todo el bien que he recibido. No supe, y divagué. Perdón les pido. Y la señal de otorgármelo será el libro de usted, que espero mucho, porque pude hablar muy poco con usted. No me olvide, pues; téngame por su amigo

J. MARAGALL

79, Alfonso XII, San Gervasio.

Los primeros versos que Maragall reproduce en esta carta pertenecen al poema «Sagesse», y seducido por ellos llega a decir que los copia «como si los creara yo mismo, es decir, como si se estuvieran creando en mí». Del poema «Les rêves qui...», proceden los otros dos versos citados a continuación en esta carta, y los tres siguientes del titulado «Ma tristesse», todos ellos de la primera parte del libro, como los del primero de los dos pasajes que el poeta catalán acota, que forman parte del poema que lleva por título «Les cœurs lointains».

El último pasaje, donde la poetisa recuerda los ojos del amado en la solemne y maravillosa quietud de la naturaleza, proceden de «Solitude», una de las composiciones de la segunda parte del libro, que suscitó en su ánimo, sin duda, esa apreciación conjunta, sobre aquél como expresión de una poesía de la ausencia, felizmente expresada también en el titulado «Sincerité».

Los grandes músicos a que más adelante se refiere Maragall son los alineados en el epígrafe del libro de la poetisa argentina dedicado a este tema: Wagner, Mozart, Chopin, Schubert, Bach, Grieg, Liszt y Beethoven, en acertada y reveladora selección. Y las dos composi-

ciones restantes que cita son las que, respectivamente, inician y cierran esos «Derniers poèmes» del volumen.

El libro que motiva la segunda carta de Maragall ya indicamos que es *Sendero de humildad*, aparecido en Buenos Aires en 1909, de Manuel Gálvez. Si la tipografía arcaizante de su portada lo acerca a la de las obras de Valle Inclán, su título creo que permite asociarlo al otro sendero que nuestro Ramón Pérez de Ayala había abierto pocos años antes en la poesía española, entre modernista y noventa y ocho, y que lustros más tarde se remataría con otros senderos. Así, al menos, parece que deba ser interpretada la presencia de Berceo, y de Juan Ruiz en la introducción, que es, a la vez, el credo poético de *Sendero de humildad*. En la que está presente también el juglaresco «vaso de bon vino» de aquél, tan estimado en la poesía española de entonces a ambos lados del Atlántico.

A este libro juvenil se refiere, aguda y morosamente, Maragall en esta segunda carta, escrita en un balneario francés donde a la sazón hacía una cura de aguas. Por ella sabemos también que ambos escritores, el argentino y el catalán, se conocieron en Barcelona.

He aquí su texto:

Grand Hôtel de France
Cauterets

22 julio, 11

Sr. D. Manuel Gálvez.

Mi querido poeta: Aquí me han transmitido el ejemplar que tan afectuosamente me ha dedicado de su *Sendero de humildad*, y aquí en mi soledad lo he leído apaciblemente como este libro ha de ser leído. ¡Qué dulce es y qué bueno! Se conoce que ha sido compuesto en el mejor momento de su juventud, y tiene una bondad comunicativa, penetrante. Me gusta sobre todo la bella naturalidad de muchos versos:

«Yo nunca la veía, más lloré sin consuelo
su muerte, en una plácida tarde del mes de abril.»

y todo, todo es así. ¡Cuán bien sentida la melancolía provinciana! Y después aquel «Padrecito», lo he leído muchas veces. Es un verdadero poema. Pero donde me parece que puso Ud. toda el alma fué en aquel «Retrato» que me queda inolvidable ya. Oh ¡qué buena suerte fué la mía de entrar en relación con un alma tan noble y tan tierna como la suya! No me olvide, no deje de decirme de cuando en

cuando dónde está y cómo le va la vida. Yo creo que siempre le ha de ir bien porque se trae Ud. dentro una dulce fuente de amor que ha de ablandar toda pena.

No sé decirle cómo le agradezco que se haya acordado de mí en sus artículos sobre la España latina porque esto me prueba que el buen afecto que yo le guardo me es bien correspondido. ¿Volverá Ud. a Barcelona alguna vez? Si vuelve y yo lo sé, nos veremos aún. Yo quedo aquí tomando aguas hasta fines de mes, después acabaré de pasar el verano junto al mar (Caldetas) y en la montaña (Olot) de Cataluña y a mediados de Setiembre estaré otra vez en casa.

Le suplico ofrezca mi respetuoso homenaje a su señora, y disponga siempre de su admirador y amigo afectísimo.

JUAN MARAGALL

Consta *Sendero de humildad* de cuatro partes, a las que pone fin un poema titulado «La buena palabra», buen título éste para un escritor como Maragall que acertó a hacer con más hondura que nadie el elogio de ella. La primera se titula «Recuerdos de infancia», y en ella está la composición titulada «Mi primera novia», de la que aisló los dos versos citados en esta carta, y que su autor había dado a conocer en otro libro suyo, *El Enigma Interior*, publicado en 1907. La segunda parte se llama «Paisajes de provincia», con toda esa melancolía que Maragall anota; a la tercera, «Los pobrecillos de Dios», pertenece «El Padrecito», también mencionado; y a la cuarta y última, «Por el sendero apacible», ese «Retrato», a la manera de Rosetti añade el autor, al que también se refiere el poeta catalán, que una vez más nos revela, en su minuciosa lectura, ese don impagable de la buena amistad entre dos hombres de letras.

Maragall, altísimo poeta, se nos descubre, una vez más, como un exquisito sensitivo, un alma abierta al gran milagro humano de la poesía. Análoga sensibilidad — lo hemos visto en las cartas suyas que se conocen — tenía para ese don humano de la amistad. Y de ambas hace gala, tan modesta como legítimamente, en estas cartas. Ese: «¡No me olvide!» de la segunda, unos meses antes de su muerte adquiere una tonalidad patética. Porque Maragall, que escribe a Gálvez desde Cauterets, le da cuenta de sus proyectos de aquel verano, hasta mediados de septiembre. Tres meses más tarde se extinguía esta vida extraordinaria.